

Añadiré tan solo á mis lectores
 Que en el siguiente día á Rosa olvida
 Cárlos encaminándose hácia el monte
 Solitario, do vuelve á su costumbre
 De entregarse á morales reflexiones.
 Abandonada Rosa se entristece;
 A cuantos ve de Cárlos pide informes,
 Y nadie se los dá, y ella suspira. . .
 ¡Hé aquí, mujeres, lo que son los hombres!

V.

Segundo fragmento del album de Diana.

“Corazon mio, silencio!
 No te traicionen mis labios:
 Si padeces, no lo digas,
 Y si quisieres llorando
 Aligerar este peso
 Atroz que te oprime, hazlo
 De modo que nunca, nunca
 Te vean ojos humanos!
 Yo le amaba, y á mi frente
 De una vil sospecha el fango
 Arrojó la mano misma
 Que á guiar iba mis pasos
 Por el sendero del mundo.
 Yo quise decirle:—“Cárlos,
 Tú y yo en esa noche víctimas
 Fuimos de un odio bastardo;
 Ofendíome tu sospecha,
 Tus palabras destrozaron

Mi corazon; pero todo
 Lo olvido, porque te amo:
 Soy digna de que me hagas
 Tu esposa.” Mas ¡cielo santo!
 Hoy le he visto á otra mujer
 Amor eterno jurando.
 Si yo acudiese á decirle
 Su error. . . . (solo de pensarlo
 Me avergüenzo.) ¡Es imposible!
 Guarda lo que te ha quedado,
 Corazon, guarda tu orgullo,
 Y si quisieres llorando
 Aligerar este peso
 Atroz que te oprime, hazlo
 De modo que nunca, nunca
 Te vean ojos humanos.”

VI.

Cárlos reconoce la voz de Diana en los cánticos de las monjas.—Lucha entre su amor y su orgullo.—Logra hablar con Diana.—Reflexiones de ésta.

Llevado en alas del viento,
 A veces durante el día
 Piadoso cantar se oía
 En derredor del convento.

En su reclusion dichosas,
 A Dios, de ventura fuente,
 El corazon inocente
 Elevan las religiosas.

Su voz al himno dulzura
Tan melancólica presta,
Que semeja en la floresta
Manso río que murmura.

Une á sus devotas preces
El viento quejas livianas,
Cimbrando de las ventanas
El limpio cristal á veces;

O si calla, cree el alma
Oír murmullo lejano,
Como si allí el Oceano
Durmiendo estuviese en calma.—

Jóven extraño acudia
Al templo á mañana y tarde;
Frente á la antorcha que arde
Junto al altar, se ponía.

Entregado con tristeza
A esclusivo pensamiento,
En la pared del convento
Apoyaba su cabeza.

Escuchaba indiferente
Los cánticos repetidos;
Mas si llega á sus oídos
Resonando de repente

Una voz tierna, quejosa,
Y al mismo tiempo argentina,
Que el ancho espacio domina
De la mansion religiosa,

Su corazón se estremece,
La vista al coro levanta,
Y su turbacion es tanta,
Que anonadarlo parece.

En vano ver imagina
A quien alzó tal acento;
Solo está mirando atento
Impenetrable cortina.

En su memoria despierta,
Cuando aquella voz sonaba,
Imágen que reposaba
Dormida, pero no muerta.

Debe ser profundo el duelo
Que está su pecho acosando,
Porque lloroso, elevando
Ojos y manos al cielo,

Dice: "¿Hasta cuándo, Señor,
Viviendo en continua guerra,
Tan solo tendré en la tierra
Por patrimonio el dolor?"

Amaba á mujer perjura:
Dila un corazón fiel,
Y cáliz derrama en él
De inagotable amargura.

Salí de su red traidora,
Y en vano á olvidarla aspiro:
Do quiera, Señor, la miro,
Y el alma siempre la adora.

Me acojo al estudio y siento
Que invisible me acompaña:
En sueños mi rostro baña
Con su perfumado aliento.

En el placer no la olvido,
Y ante tus mismos altares,
Por despertar mis pesares
Llega su voz á mi oído."

Dice, y escuchando atento
La musical armonía,
De la voz que le estasia
Torna á oír el grato acento.

Su frente altiva palpando
Que abrasa la calentura,
Con espanto se asegura
De que no estaba soñando:

Y esclama con voz tan vana
Que en sus mismos labios muere:
"La voz que mi oído hiere,
Es la voz de mi Diana."

Y concurriendo seguía
Al templo á mañana y tarde:
Frente á la antorcha que arde
Junto al altar, se ponía:

Mas cuando ver se imagina
A quien alzó tal acento,
Solo está mirando atento
Impenetrable cortina.

En vano en la noche oscura,
Cuando el ruido se apacigua,
Ronda la calle contigua
A la sagrada clausura.

Nada vió; solo una vez
Que le sorprendió la luna,
Apareciendo oportuna
Al dar el reloj las diez,

A su brillo que bañaba
La pared, á ver acierta
Que negro bulto á una abierta
Ventana asomado estaba.

Conoció que era mujer,
Porque, aunque inmóvil cual roca,
Luego al componer su toca
Linda mano dejó ver.

Corrió al pié de la ventana,
Palpitando de alegría
Su corazon, y decia
Muy quedo: "¡Diana, Diana!"

Pero inmóvil queda el bulto,
Aunque la sigue llamando;
É inmóvil queda esperando
Cárlos en la sombra oculto.

Cárlos dice, y se retira.
Cuando alejarse le ve

Diana, de un Cristo al pié
Arrodíllase, suspira:

“Culpable me considera
(Con voz conmovida esclama)
Y á pesar de ello me ama
Y en sèr mio persevera;

Mas yo seria infelice,
Despues de lo que ha pasado
Yendo á vivir á su lado,
Mi corazon me lo dice.

No quiero á mi cuello echar
Lazo que me es oprobioso;
Tú, Señor, serás mi esposo,
Y mi refugio el altar!”

VII.

Tercer fragmento del album de Diana.

¡Qué se hizo el claro cielo
Que cruzar te prometias,
Ave canora? De nubes
Lo cubre la estacion misma
Que arranca al árbol sus hojas
Y á tí las plumas te quita.
¡Qué se hicieron los palacios
Que forjaste, oh fantasía;
Los ángeles que velaban
Mi casto sueño de niña,
Los deseos y esperanzas

De mis halagüeños días;
El amor de un hombre amado;
Las dulcísimas caricias
Que prodigóme en su seno
A porfia mi familia?
Formaron el primer acto
Del gran drama de la vida:
El drama sigue, y ya es
La decoración distinta!
¡Oh! tú no has venido, Carlos,
Cual yo esperaba sencilla,
A decirme que conoces,
Aunque tarde, la injusticia
De tú proceder: que al cabo
Pura mi conducta brilla
A tus ojos; solo has dicho
Que culpable me creias
Y á pesar tuyo me amabas.—
Sofoca esa llama activa
Que ardè en tu pecho, que el ídolo
Ante cuyo altar lucía,
Para no verla, irritado
Vuelve á otra parte la vista.

¡Dios mio! Solo adorándote
Nuestro dolor se mitiga:
Viertes en el alma el bálsamo
De resignacion tranquila:
Haces que, viendo en la tierra
Sus esperanzas fallidas,
Tus criaturas al cielo
Alcen llorosas la vista.
Dame, Señor, que en el claustro

Consiga acabar mis días,
 Cual fatigado marino
 Que del naufragio se libra,
 Y te da gracias y al mar
 No vuelve á echar su barquilla.
 Dame que el viento del mundo
 No torne á ensayar sus iras
 Contra el alma atribulada
 Que en tus altares se abriga.
 Hasta la yerba que nace
 De imperceptible semilla
 Conducida por el viento
 A las paredes antiguas
 Del claustro, en ellas refugio
 Encuentra: el ave que arriba
 Cuando la noche se acerca
 Y el bosque patrio no mira,
 Posada en la negra torre
 Espera el próximo día.
 ¿Y yo, Señor, que soy hecha
 A imágen tuya, tu hija,
 En vano hácia tí mis súplicas,
 Mi corazón alzaría?"

VIII.

Carta de Diana á Carlos.—La profesion.—Carlos y Fernando asisten á la ceremonia.—Una flor muerta.

"Ofrecí contestarte: cuando leas
 Estos renglones que trazó mi mano
 Por la postrera vez, del mundo vano
 Para siempre alejada ya estaré:

He resuelto acabar aquí mis días
 Bajo el amparo de mi Dios.... ¡perdona!
 Quiero ceñir la virginal corona,
 Ya que me fué imposible tuya ser.

Ya no existe Diana; hoy es la ofrenda
 Consagrada al Señor en sus altares.
 No, agobiado de inútiles pesares,
 Vayas esta mansion á maldecir.
 Es puerto á que refúgiase la nave
 Combatida del viento y de las olas:
 Es palma en el desierto donde á solas
 Viene el herido pájaro á morir!

Tú me adoraste! El cielo me es testigo
 De que yo con tu amor estaba ufana;
 De que los días de mi edad temprana
 A idolatrarte solo consagré:
 De que, al verte marchar, triste, engañado,
 De asombro y de dolor morir creía,
 Porque jamás con la conducta mia
 La fe que te juraba profané.

¿Quién se interpuso allí? De un golpe mismo
 ¿Quién logró traspasar dos corazones?
 Lejos de mí, recuerdos!... Ilusiones,
 No á despertar volvais!.... Todo acabó!
 No pretendo á tus ojos sincerarme:
 Conoces mi carácter: no es orgullo:
 Toda pasión apaga su murmullo
 En la severa casa del Señor.

¿Quieres cumplir mi voluntad postrera?
Al sitio vé donde dichoso fuiste,
Y allí consueta á mi familia triste
Que mi ausencia no cesa de llorar:
Dila que soy feliz. Tú, mi recuerdo
Guarda del corazon en lo profundo.
¡No volveré á mirarte acá en el mundo!
Cárlos, adios! Me llaman al altar.”

D***

No bien cerró esta carta y se la entrega
A una mujer, Diana se levanta,
Que hácia el altar á conducirla llega
La abadesa que al coro se adelanta.
Ella vacila; á caminar se niega
Por un momento trémula su planta;
Mas, viendo en la pared el Crucifijo,
“Vamos señora,” á la abadesa dijo.

Camman por el claustro solitario
Mirando su vastísima arqueria,
Que hiera á la sazón el brillo vario
De escasa luz en nebuloso dia.
Al ver Diana el sitio funerario
Que asilo guarda á su ceniza fría,
Piensa que, así que consagrada quede,
Salir de allí ni su cadáver puede.

Llegan al templo agosto: dos hileras
Las hermanas solícitas formaron;
Silenciosas, inmóviles, severas,
Los votos de la virgen escucharon:

Al pronunciarlos ella, las vidrieras
De las altas ventanas resonaron
Estremecidas por airado viento:
El coro eleva melodioso acento.

“Paloma mia, ven: querida esposa,
Serás por el esposo coronada,”
Esclaman á una voz, y á la espaciosa
Bóveda asciende la cancion sagrada.
Muchedumbre de gente silenciosa
La ceremonia ve; pero turbada
Es por oculta causa en este instante,
Y en derredor agítase ondeante.

Como el espejo de la mar empaña
Ola que avanza rauda, turbulenta,
Arrebatando con pujanza estraña
Cuanto á su curso resistir intenta;
Viene hácia la ribera, el muelle baña,
Copos de espuma en derredor avienta,
Y su furor temible sólo acota
Cuando en el pardo muro queda rota;

Presa de momentáneo desvarío,
Jóven que allí aparece demudado,
Sin miramiento empuja: entre el gentío
Del templo á la mitad penetra osado:
Contra un altar reclinase sombrío,
Pues proseguir su marcha no le es dado:
El canto oyó que al firmamento sube:
Ante sus ojos se estendió una nubé.

Al traves de ella contempló vestida
 Con el ropaje emblema de inocencia,
 La sien de frescas rosas circuida,
 Modesta jóven de gentil presencia,
 Era aquella Diana tan querida
 A quien llamaba luz de su existencia
 Cuando su casto amor lograba ufano,
 Amor que la infeliz prodigó en vano.

Era la misma frente gloriosa
 Que hecha no fué para inclinarse al suelo,
 El mismo cútis de azucena y rosa,
 Los mismos ojos de color de cielo;
 Mas ¡ay! su rubia cabellera undosa
 No asoma ya bajo el virgíneo velo....
 Fijando mas la vista en Diana, advierte
 Que su rostro enlutó sombra de muerte.

Vió que su diestra toma el Crucifijo;
 Que, la sagrada imágen acercando
 Al corazon, por do se hallaba él fijo
 Contra su voluntad, iba pasando.
 Con alterada voz oyó que dijo:
 "Dios mio, calma su dolor:" y cuando
 Su vista, nuevamente oscurecida,
 Despejóse, á Diana vió tendida.

Tocaba el polvo con su hermosa frente
 Ella, y dos religiosas la incensaban:
 Otras allí con mano diligente
 Flores sobre su cuerpo derramaban.

La sangre á su cerebro Cárlos siente,
 Agolparse... sus piernas flaqueaban;
 "Llegué tarde," exclamó con desconsuelo,
 Y sin conocimiento vino al suelo.

A su auxilio acudió con faz sombría
 Desconocido jóven viajero,
 Que del convento en el umbral habia
 Dejado apenas su corcel ligero.
 En sus brazos el otro en sí volvía,
 Y lanza al verle grito lastimero:
 —Fernando! yo he perdido á mi Diana!
 —Yo tambien la perdí, ¡no tengo hermana!

Abandonan el templo y ven formada
 Fúnebre comitiva: en medio della
 Es conducida á la postrer morada
 En su blanco ataúd tierna doncella:
 ¿Quién era? (preguntaba demudada
 Cierta mujer á otra.) ¿Era muy bella?
 —Era una jóven como el cielo hermosa!
 —Su edad?—Veinte años.—Y su nombre?—Rosa!

IX.

Reaparece en la escena un personaje tan desfigurado, que por lo pronto ha de ser extraño al lector.—La tempestad.—Cárlos y Fernando descubren las intrigas de Alvarez y juran darle muerte.—Llega Alvarez durante la tempestad á pedirles asilo.—El reto.—Alvarez parte.—Advertencia que le hizo un labrador.—Intento de Alvarez.—La justicia de Dios es superior á la justicia de los hombres.

No lejos de la casa
 Donde vivia Cárlos en el campo,
 Y que ver al lector hemos ya hecho,

Hay de verdor escasa
 Vasta llanura, de la cual cultiva
 Anciano labrador pequeño trecho.
 Viene por el repecho
 Que del vecino monte á ella conduce,
 Sus corceles trayendo á paso tardó,
 En carretela rica
 Sentado á la sazón, señor gallardo,
 Cuya mirada luce
 De proteccion y de arrogancia llena.
 De sus corceles árabes el paso,
 Viendo al anciano labrador, refrena;
 De palabras escaso,
 Apenas le saluda,
 Y preguntale el rumbo del camino
 Que á Puebla guía, pues lo tiene en duda.
 El labrador las señas
 Dá, y á seguir la senda se dispone
 El otro; mas rayando en desatento,
 Añade el labrador con brusco acento:
 —¿Ve usted la negra nube que se pone
 Por el rumbo del Sur? Es que no tarda
 En estallar la tempestad... Muy luego
 En su quitrin se alejé viento en popa,
 Que si un poquito nada mas aguarda,
 Se quedará en el campo hecho una sopa.
 —¿Por ventura no puedo hallar asilo
 En la casita blanca
 Que desde aquí se ve? ¿Quién vive en ella?
 —Vive el amo D. Carlos; pero sella
 Sus puertas para todo caminante,
 Y aunque le pidan como vós asilo,
 Dice á todos que vayan adelante,

Que él en su casa estar quiere tranquilo.
 —Raro capricho á fe, murmura el otro,
 Y se aleja impaciente
 A tiempo que la nube ya estendia
 Del Sur hácia el Oriente
 Sus alas enlütadas,
 A veces por el rayo iluminadas;
 Pero en sus pensamientos embebido,
 Ni deslumbra el relámpago sus ojos
 Ni el ronco trueno resonó en su oído.
 Hále causado enojos
 Del viejo labrador el tono adusto:
 Consigo mismo hablando, murmuraba:
 “Forzoso es confesarlo, el mundo es justo
 En dispensar al uno sus favores
 Dejando al otro al aire y al sereno:
 Siempre la plebe habrá de ser esclava,
 Siempre el reptil habitará en el cieno.
 Libertad! igualdad! ¡Necias quimeras!
 ¡Soy igual por ventura,
 Teniendo en propiedad leguas enteras
 De terreno con siembras y ganados
 Y cien talegos de oro
 En mis cofres cerrados,
 Al que al labrar la tierra se sujeta
 Ganando en todo el día una peseta?...
 Libertad, igualdad!... También yo un día
 Al ignorante vulgo estás palabras,
 Frenético tribuno, repetía,
 Y soberano al pueblo proclamaba:
 Mi pié sobre sus hombros caminaba;
 Mas cuando á la anhelada cumbre arribó,
 El escalon que me sirvió, derribo.”

Fin á sus pensamientos
 Dieron los irritados elementos:
 Comenzó á descender lluvia copiosa,
 Y noche pavorosa
 Iba envolviendo el mundo.
 La casa blanca aparecia lejos:
 Viéndola el caminante,
 Del temor dando oído á los consejos,
 No vacila un instante
 En dirigirse á ella:
 Pasó bajo los árboles añosos
 Que hermosaban la colina donde
 La fábrica descuella,
 Y, aunque á gritos llamó, nadie responde,
 Que el ruido atronador de la borrasca
 No deja oír su acento.
 Acercándose mas, halló la puerta
 Que, estando entreabierta,
 Luego le ofrece entrada;
 Pero al lector prudente
 No le conviene, en mi opinion humilde,
 Seguirle diligente,
 Y antes de entrar será muy conveniente
 Echar al interior breve ojeada.

En aislado aposento
 Que trémula bujía alumbraba, apenas
 Su ornamento sencillo ver dejando,
 De tosca mesa al lado están dos jóvenes,
 Su rostro con las manos ocultando.
 Con discordes ruidos
 De la ventana azota los cristales
 Viento furioso al aguacero unido,

Y éste á la alcoba á la sazón penetra
 De la angosta vidriera por debajo.
 De ello se apercibieron
 Los jóvenes á poco,
 Y los muebles que el agua humedecía,
 No sin algun trabajo,
 A distinto lugar pasando fueron;
 Y cuando removía
 Carlos—que ya el lector Fernando y Carlos
 Sabe que entrambos son, ó lo sospecha—
 Al remover, repito,
 Carlos antigua cómoda, deshecha
 Casi por la humedad, cerrada carta
 Halla en el suelo: viendo el sobrescrito,
 Fernando luego conoció la letra
 De su vieja criada ya difunta:
 Con rapidez abrióla,
 Abrigando tal vez presentimiento
 Indefinible, y para sí leyóla.
 De palidez se cubre en el momento
 Su rostro: á Carlos el papel entrega:
 No bien su contenido á entender llega
 Éste, de horror dá un grito.—
 Era la misma carta
 Que, arrepentida acaso, habia escrito
 Antes la vieja á Carlos,
 Quien la arrojó insensato sin leerla:
 En ella las infamias referia
 Que Alvarez usó para engañarle
 A costa de la dicha de su ama.—
 “Y hasta agora la veo! (al fin esclama,
 De su estupor volviendo.) Todavía,
 Si por inspiracion del alto cielo

La hubiese yo leído esta mañana,
 Tú perdido no hubieras á tu hermana
 Y yo la apellidara esposa mía.”
 De pronto sus miradas se encontraron
 Llenas de brillo singular; la diestra
 Con fuerza convulsiva se estrecharon,
 Su faz mostrando una espresion siniestra.
 —De los dos el primero que le halle,
 Donde quiera, Fernando, que le vea;
 En su casa, en el templo ó en la calle,
 Su matador en el instante sea!
 ¡Júralo por tu honor!

—Lo juro, y siento
 Que de venganza el corazón sediento,
 Quiere romper su cárcel... estoy loco;
 Pero tengo formal presentimiento
 De que vendrá á mis manos ese hombre
 Y en ellas le ahogaré dentro de poco.
 ¡Mírale, Carlos!—dime, ¿no es él mismo
 Quien aparece allí?.... Traidor, espera...
 ¿Dónde mi espada está? ¡No importa! ¡Vamos!”
 Quiere avanzar, pero vacila y cae.

Cual si le vomitara allí el abismo,
 Alvarez aparece demudado
 En el umbral de la cercana puerta:
 En busca de las gentes de la casa
 Fué al aposento por la luz guiado.
 Fernando está en el suelo sin sentido,
 Al peso de su ira anonadado:
 Va aquel á retirarse; pero enfrente
 A Carlos ve que cual hircano tigre,
 En él enclava su mirada ardiente.

Una sola palabra no se hablaron:
 Alvarez al entrar ha comprendido
 Que al fin su infamia descubierta ha sido.
 Uno al otro los dos se aproximaron,
 Y al hallarse á tres pasos de distancia,
 Sus aceros de súbito brillaron;
 Mas dominóse Carlos y le dice:
 “No quiero que el asilo en que yo debo
 Solitario acabar mis tristes dias,
 Conserve las señales de la sangre
 De un enemigo muerto por mi mano.
 No quiero yo que usted, aunque enemigo,
 Sucumba aquí cuando á mi casa llega
 A demandarme hospitalario abrigo;
 Pero mañana, al asomar el alba,
 A cien pasos de aquí, frente al remanso
 Formado por el río, nos veremos.
 Sobra para los dos con un testigo;
 Será este jóven que cayó privado
 Y á quien usted conoce: irá conmigo.
 Reto á usted desde hoy á nombre suyo
 Para que, si yo muero, ambos se batan,
 Y sin testigo alguno, que es inútil,
 Y evitar el escándalo debemos.
 Ofrezco á usted por esta noche asilo;
 Nuestra cuenta después arreglaremos,
 Y á cada cual ayúdele su suerte.
 —Empeño mi palabra: iré á la cita.
 —Pero ha de ser nuestro combate á muerte!”

Alvarez de la oferta de su huésped
 No quiso aprovecharse. Oscura noche
 Reinaba en torno de la casa: el viento

Chocando en las paredes, parecía
 Estremecer el sólido cimiento:
 La lluvia entre los árboles sonaba
 Y la llanura en lago trasformaba.
 Alvarez un caballo apresta, y parte.
 Muy cerca de la puerta el viejo estaba
 Con quien habló esa tarde: alzó su mano,
 En que brillaba resinosa tea,
 A que su luz llegase algo mas lejos;
 Pero el viento y la lluvia la apagaron.
 Al despedirse aquel, éste le grita:
 "Tomad hácia la izquierda. Mucho riesgo
 Cabe en partir así tan á deshora:
Cuidado con el rio; está crecido,
 Y no se puede ver ni oír ahora."

La turbacion que en su ánimo sentia
 Alvarez fué tan grande, que ni supo
 Adónde su caballo dirigia.
 "Mi vida ha estado en el mayor peligro,
 Pues, segun las palabras de ambos jóvenes
 Que sin querer oí cuando iba entrando,
 Traidoramente asesinarne quieren.
Sobra para los dos con un testigo,
 Carlos me dijo, porque al fin espera
 Que, en el anzuelo crédulo picando,
 Vaya á la cita y á sus manos muera;
 Mas, ¡vive Dios que un chasco les aguarda,
 Cual lo merecen ellos! Sí, temprano
 Marcho hácia Veracruz, y en la primera
 Embarcacion que salga, voime á Europa,
 Al Africa, al infierno, á cualquier parte
 Do á ocuparse de mí vuelva ninguno.

Siendo rico y feliz, ¡quién me entromete
 A jugar la existencia por antojo
 Del primer miserable mozalvete?"
 Dijo y siguió desconocida senda.—

Al viejo labrador que se mantuvo
 En la puerta despues que Alvarez fué, se,
 Oír le pareció gritos de angustia
 Entre el ronco fragor de la tormenta;
 Pero en vano aplicó luego el oído
 Y conocer la realidad intenta:
 Solo del huracan oyó el bramido,
 Cerró la puerta y entregóse al sueño.

Al comenzar la madrugada, calma
 La lluvia: el cielo en parte se despeja,
 Y aparece la luna en el Oriente:
 Su esplendor melancólico refleja
 Convertido en un mar el llano todo:
 Baja de las montañas el torrente,
 Los árboles gotean. Luz escasa
 Brilla en una ventana de la casa
 Habitada por Carlos: en su alcoba
 Él y Fernando velan: el deseo
 De la venganza que sus almas llena,
 Sueño y quietud á la sazón les roba.

Apenas sobre el nítido horizonte
 Levantábase el astro rey del día,
 La niebla replegábase y cubria
 La falda solo del enhiesto monte
 A cuya espalda hoy noche todavía,
 Ya la puerta se abria

De la campestre casa,
 Y Cárlos y Fernando
 A poco en el umbral aparecieron,
 Al cinto acero brillador llevando.
 Al llano descendieron,
 Que viento débil á orear empieza,
 Aunque anegada vieron
 Donde el terreno es hondo una gran pieza.
 Con el calor del sol cándida bruma
 Sobre el agua estancada se levanta,
 Los árboles oculta entre sus pliegues
 Tomando formas con que al ave espanta;
 Rota en vellones y con tardo vuelo
 Despues asciende al azulado cielo.
 Vése allá lejos la fragosa sierra
 Dilatarse, al viajero presentando
 Cien montes asomado uno tras otro.
 Con el color del impalpable viento
 Teñidos los volcanes,
 Tocan al firmamento.
 Acá la flor bañada por la lluvia
 Guarda en su cáliz gota diamantina:
 Allí el ave gorjea,
 Posada en débil rama
 Que con su peso hácia la tierra inclina,
 Su mirada pasea
 Por la estension del bello panorama.
 Se oye el sordo ruido
 Que forma el Atoyac, raudo corriendo
 Por el cieno y las lluvias acrecido.
 Su orilla izquierda á la sazón siguiendo
 Cárlos va, de Fernando acompañado:
 A poco andar arriban

Al sitio para el duelo señalado;
 Alvarez todavía no ha llegado,
 Y siéntanse á esperarle en alta peña
 Que al interior del rio se adelanta.
 En contemplar el agua se entretienen
 Que cual cinta argentada en partes brilla,
 Y ven llegar los descuajados troncos,
 El bálago y arbustos que á las veces
 La creciente al pasar deja en la orilla.
 Rico reloj consultan
 Ambos, y el rostro vuelven al camino,
 Que alguno por allí venga, esperando:
 Dos horas trascurrieron: la impaciencia
 Apodérase dellos, y Fernando
 A su enemigo tacha de cobarde,
 Pues venir ha ofrecido con el alba,
 Y no parece aún y ya és muy tarde.

En esto, en medio á la corriente fría,
 Lejano todavía,
 Informe bulto vieron
 Qué hácia los dos venia:
 Cuando mas cerca estuvo,
 Ambos que era un cadáver conocieron.
 Rozándose al pasar con el follaje
 De las cañas acuátiles, el cuerpo,
 Por el agua al remanso conducido,
 Junto á la peña en que los dos estaban
 Llega y allí permaneció tendido.
 Atónitos mirándose
 Ellos hablar no osaban,
 Que en el vestido que destiuce el cieno,
 En la nervuda mano

A desprendida rama asida en vano,
 En el cabello con que la onda juega,
 En las sangrientas lívidas facciones
 Del ya hinchado semblante,
 Vestido y mano y cabellera y rostro
 De un hombre aborrecido
 Luego reconocieron.
 ¡Alvarez á sus piés yace tendido!!

Tal vez anoche entre la sombra espesa
 Él, en sus pensamientos engolfado,
 Encaminóse al río
 Y fué por su corriente arrebatado.
 Su caballo, animal de noble brío,
 Logró salir á nado.
 Detenido el cadáver por las ramas
 De algun árbol quizá, seguir no pudo
 El curso de la rápida corriente,
 Hasta que el agua minoró su cauce
 Y en sus ondas le trajo indiferente.

Cárlos á su pesar se estremecía
 Contemplando el semblante amoratado
 Del cadáver. En esto ver creía
 La permission del cielo,
 Que jamas deja el crimen sin castigo.
 Sábia leccion él mismo recibia,
 Pues yendo allí á matar á su enemigo,
 Encontrábase muerto,
 A todos dando testimonio cierto
 De que Dios no á la mano de los hombres

La ejecucion de su justicia fia:
 De que quien, ofendido,
 Quiere por mano propia satisfecho
 Quedar, á Dios usurpa su derecho.

X.

Las ilusiones y esperanzas mueren en el corazón del hombre, como el heno de los campos.—No debemos pedir al mundo mas de aquello que puede darnos.—La religion es el único y verdadero refugio del hombre.

(CARTA DE CARLOS, ESCRITA DOS AÑOS DESPUES DE LOS ANTERIORES ACONTECIMIENTOS.)

Los versos he leído en que refieres
 Mi dolorosa historia. ¡Porqué el tiempo
 No consigue extinguir nuestros pesares?
 La inagotable hiel de los recuerdos
 Porqué en mi pobre corazón derramas,
 Lo pasado á mis ojos esponiendo?
 Pero jamas tu pluma lograria,
 Por más que redoblaras tus esfuerzos,
 Describir la belleza de Diana,
 Ni su virtud, ni de mi amor el fuego!

¡Porqué no vienes á abrazarme, amigo?
 ¡De lo que fuí me hallaras cuán diverso!
 Ya no soy aquel jóven entusiasta
 Sobre la tierra soñador perpetuo.
 Hombre soy, y sin bienes de fortuna,
 Solo de mi trabajo me sustento:
 Con el sudor de mi quemado rostro

La tierra, mientras luce el día, riego,
 Y durante la noche en pobre cama
 Cierra mis ojos apacible sueño.—
 Solo el trabajo, de virtudes gérmen,
 Sobre nuestros recuerdos echa un velo,
 Enfrena aquesta loca fantasía,
 Embota del dolor el crudo acero.
 El amor, los solícitos cuidados
 De la familia aquí suelo echar menos:
 Cuando llego á mi alcoba solitaria
 De trabajar cansado y no hallo un pecho
 En que pueda mi frente reclinarse,
 Ni halaga mis oídos grato acento,
 La tristeza del alma se apodera;
 Mas tal es mi destino, ¡yo le acepto!

Son del otoño los primeros días,
 Y cuando veo un cielo ceniciento
 Y la tierra cubierta con las hojas
 Que, una tras otra, al árbol quita el cierzo,
 Mi corazón se oprime: á la memoria
 Se presentan los días turbulentos
 De mi vida infeliz. Rosa, Diana,
 Tendida la primera en blanco féretro
 Tal vez por culpa mia!.... la segunda
 De su familia por mi culpa lejos,
 Orando allá en el claustro solitario,
 Puestos sus claros ojos en el cielo,
 Mientras dura el silencio de la noche
 Suelen venir á visitarme en sueños.

¡Oh! nunca, al ver que un semejante tuyo
 Abriga incauto inútiles deseos

Contemplando al traves de un falso prisma
 La sociedad, le niegues tus consejos.
 ¿A qué, dime, correr tras una sombra?
 Diana un ángel fué que lo perfecto,
 Lo sublime buscaba acá en la tierra:
 Iguales á sus propios sentimientos
 Creyó los de los hombres. Cuando vino
 El desengaño á herir su casto pecho,
 No tuvo en cuenta la flaqueza humana,
 No perdonó á los hombres sus defectos;
 No pensó que si un alma los anima
 De la luz inmortal rico destello,
 Envuelta vive en deleznable cárcel
 Que la mano de Dios formó de cieno.
 Al verse así burlada en sus creencias
 Hacia el mundo sintió mortal desprecio;
 Rompió los dulces lazos de familia,
 Rompió su mismo corazón, y haciendo
 Infelices á muchos, su mirada
 Para siempre jamás clavó en el cielo!

Allá también mis ojos se dirigen,
 Amigo mío, sí... ¿cómo el viajero
 Que caminó durante muchos años,
 Sin abrigo, por áspero desierto,
 A la sombra del árbol que descubre
 No ha de querer gozar descanso eterno?